

PRÓLOGO

NÁPOLES, 17 DE OCTUBRE DE 1590

El aire fresco de la noche le golpeó el rostro nada más salir del palacio. Montó de un salto y espoleó al caballo, ansioso por huir de aquel lugar. Al pasar junto a la basílica de San Domenico, le dirigió una última mirada antes de perderse en el laberinto de callejuelas que se abrían desde la plaza.

Galopó sin descanso hasta dejar atrás las murallas del Castel Nuovo. Solo entonces giró la cabeza para asegurarse de que nadie lo seguía. En aquella quietud, el primer instante de calma en semanas, se preguntó si realmente había sido capaz de hacerlo o si todo lo ocurrido esa noche no era más que un espejismo de su mente agotada.

Pero el sabor metálico que aún se aferraba a sus labios no mentía. Inspiró hondo, permitiendo que el aire salobre del puerto le llenara los pulmones, y esbozó una sonrisa, no tanto por la ausencia de remordimientos como por haber recuperado lo que creía perdido. Se arrebujó en su capa de terciopelo negro y reanudó la marcha.

Cuando llegó a su destino, desmontó con la naturalidad de quien ha cabalgado desde niño. Ató al caballo a un poste y avanzó por el sendero serpenteante que conducía a la villa. La vivienda estaba sumida en la penumbra, salvo por una luz titilante que rompía la oscuridad desde una ventana.

El sirviente que lo recibió no pareció notar las manchas de sangre en sus manos ni en el jubón de raso. Sin decir pa-

labra, lo condujo por los pasillos que tantas veces había recorrido. Cruzó el umbral del gran salón y, de pie frente a él, distinguió la silueta inconfundible que había venido a ver. Por un instante, creyó percibir una mueca de desconcierto en aquel rostro familiar.

—¡Al fin estás aquí! —exclamó el hombre, abriendo los brazos en cruz. Bastó un gesto suyo con la cabeza para que el criado desapareciera—. ¿Estás herido? —Desvió la vista hacia la daga que colgaba del cinto de su visitante.

El jinete guardó silencio. Sus dedos recorrieron la empuñadura del arma, como si esperara encontrar la respuesta en el frío metal.

—La sangre no es mía —murmuró al fin, con voz hueca.

—¿Entonces...?

—Sí. —Dio un paso hacia delante—. Están muertos.

1

TAURASI, REINO DE NÁPOLES, 8 DE MARZO DE 1566

Hacía tres jornadas que el séquito de los Gesualdo había partido de la fría Venosa rumbo a Nápoles. Fabrizio, conde de Conza y primogénito del príncipe Luigi IV, no estaba dispuesto a que su hijo naciera en los remotos feudos de su padre. La bulliciosa capital del reino ofrecería a la criatura y a la futura madre las comodidades y atenciones que merecían.

Los carruajes habían dejado atrás las colinas y las montañas más altas, y descendían hacia los valles al pie de los Apeninos lucanos. La falta de lluvias durante el invierno mantenía los caminos secos y les permitía avanzar con rapidez. En pocos días atravesarían las fértiles tierras de Campania, y estarían más cerca de su destino.

Desde la ventana, Geronima contemplaba el tapiz de viñedos que se desplegaba ante ella. Las ramas retorcidas de las cepas, desnudas de hojas y racimos, dibujaban una escena melancólica, casi lúgubre. Una punzada en el vientre la obligó a cerrar los ojos; su gesto de dolor no pasó desapercibido para Fabrizio.

—¿Estás bien? —preguntó a su esposa.

—Solo estoy cansada —respondió ella, sin mirarlo. Mentía. Después de cuatro embarazos, la condesa de Conza había aprendido a distinguir entre las contracciones falsas y las que anunciaban el parto. Con la segunda, más intensa, su rostro se contrajo y no pudo evitar un quejido.

—¡Vincenzo, alto! —ordenó Fabrizio.

El cochero obedeció y el vehículo se detuvo bruscamente, sacudiendo a sus ocupantes. El conde se asomó y llamó a uno de los mozos.

—Busca a Bianca. ¡Rápido!

No pasó mucho antes de que el muchacho regresara acompañado de la partera. La mujer subió al carruaje y, sin perder tiempo, se inclinó sobre Geronima. Sus manos, curtidas por años de experiencia, recorrieron el vientre de la condesa antes de pronunciar su veredicto.

—Ya viene.

Fabrizio exhaló un suspiro largo, cargado de frustración. Su hijo no nacería en Nápoles, pero tampoco podía resignarse a que llegara al mundo en aquel carruaje en medio de la nada.

—¿Dónde estamos? —quiso saber, con la vista fija en el horizonte.

—A unas dos horas del castillo Marchionale, mi señor —respondió Vincenzo.

Fabrizio se quedó pensativo. No tenía alternativa. Aquella vieja fortaleza en Taurasi que había pertenecido a los Gesualdo durante generaciones aún podía servir a su familia una vez más. Tomó la mano de su esposa y le sonrió antes de volver a dirigirse al cochero.

—Al castillo Marchionale, Vincenzo. A toda prisa.

El conde de Conza caminaba nervioso, trazando amplios círculos sobre el pavimento desgastado de una de las estancias del castillo mientras contaba las horas transcurridas desde el inicio del parto. Sabía que la demora no era normal, y comenzaba a preocuparse por la vida de su esposa y por la del niño.

Ajeno al importante acontecimiento, Luigi, el primogénito, jugaba tumbado en el suelo con un tosco caballito de madera.

—Se le ha roto una pata —dijo el niño levantando el juguete a la par que torcía los labios en un puchero al percatarse de que su padre lo miraba.

—No pasa nada, mandaré que lo reparen —respondió con indiferencia Fabrizio, sin prestar atención al gesto de tristeza de su hijo.

El conde creyó oír un llanto y corrió a la habitación contigua, de donde provenía el sonido. Al asomarse, descubrió que se trataba de Vittoria, una de sus hijas, que lloraba en brazos de su nodriza. Regresó al salón y sus ojos se posaron en el laúd que descansaba sobre una mesa. Se acercó a él y acarició las cuerdas sin saber qué tocar.

Las últimas luces de la tarde se dispersaban al atravesar las ventanas de la alcoba principal, creando un rico contrapunto de colores que bañaba la estancia. Uno de esos rayos deslumbró a Maddalena, una de las doncellas, quien instintivamente se tapó los ojos con una mano. El gesto de la joven no pasó desapercibido para Isabella Ferrillo, princesa de Venosa y suegra de la parturienta.

La doncella sintió cómo un calor intenso le subía por las mejillas. Con el cabello blanco recogido en un impecable moño y un austero traje negro que realzaba su figura autoritaria, Isabella infundía respeto incluso sin pronunciar palabra alguna. Maddalena bajó la vista, nerviosa. Apenas llevaba unas semanas al servicio de los Gesualdo y no quería cometer ningún error. La princesa corrió las cortinas y dejó la alcoba casi a oscuras, iluminada tan solo por un par de candelabros.

—Es mejor que nada la perturbe —dijo Isabella, intentando tranquilizar a la doncella—. El bebé viene de nalgas, y la madre va a sufrir —agregó antes de volver junto a su nuera.

En el lecho, Geronima se contorsionaba de dolor. El sudor le pegaba el negro cabello a la frente, y sus gritos quedaban amortiguados por los tapices que decoraban la alcoba.

La partera, que palpaba con cuidado el vientre de la condesa, había pedido a las criadas que le administrasen algunas hierbas y ungüentos con los que mitigar los dolores y acelerar el parto. La situación era crítica; Bianca sabía que debía actuar con rapidez para salvar a madre e hijo.

—Señora, empujad solo cuando yo os lo indique —ordenó.

Con un gesto firme, introdujo la mano derecha dentro de Geronima y trató de girar al niño para que saliera de cabeza. Era una maniobra arriesgada pero necesaria. La futura madre sintió un dolor intenso y lanzó un alarido. Las criadas se acercaron al lecho para ofrecerle su apoyo, aunque Bianca las apartó dando un manotazo al aire.

Pese al dolor insoportable de Geronima, la partera logró su propósito con esa arriesgada acción.

—¡Ahora! —gritó Bianca. La condesa de Conza hizo un último y desesperado esfuerzo, y el bebé empezó a deslizarse por el canal de parto. Finalmente, el niño nació.

El latido fatigoso de su corazón le resultaba ensordecedor a Geronima en el silencio denso que invadió la alcoba principal del castillo Marchionale. Al no oír llanto alguno, Maddalena miró con ojos llenos de temor a Bianca. La partera sostenía al bebé con cuidado. Su rostro se endureció: el recién nacido tenía el cordón umbilical enrollado alrededor del cuello y su piel había adquirido un tono azulado. La doncella ahogó un sollozo y se cubrió la boca con las manos. Con sumo cuidado, Bianca desenrolló el cordón umbilical y le dio unas palmaditas en la espalda a la criatura. Luego le sopló en la cara, como si pretendiera insuflarle vida. El bebé seguía sin reaccionar. Todo había ido mal des-

de el principio. Bianca se preguntaba si, tal vez, había sido demasiado conservadora y si debería haber actuado con mayor rapidez.

Geronima se dirigió a la mujer que acababa de sacar al niño de su vientre:

—Dadme a mi hijo.

—Condesa, disculpad, pero no creo que...

—¡He dicho que me deis a mi hijo! —gritó entre sollozos.

La partera no tuvo más remedio que obedecer. Tan pronto como lo dejó entre los brazos de su madre, el niño reaccionó y emitió un débil gemido. Geronima lloró de alegría mientras murmuraba una oración.

Bianca pensó que aquello era un milagro. Ese niño había estado más cerca de la muerte que cualquiera de los que había ayudado a traer al mundo. Ahí supo que se trataba de un presagio de una vida excepcional, llena de luces y sombras, de gloria y tragedia; un destino que, desde el mismo nacimiento, parecía estar marcado por la muerte.

El bebé, ahora sí, rompió en un llanto vigoroso. Geronima, en un gesto de ternura, lo acunó contra su pecho y lo amamantó, lo que tranquilizó al pequeño de inmediato. Isabella ordenó a Maddalena que fuese a buscar al padre del recién nacido. La joven obedeció y salió rápidamente de la alcoba. Bianca aprovechó el momento de calma para atar un cordel a cada extremo del cordón umbilical y lo cortó.

Al cabo de unos instantes, Fabrizio Gesualdo irrumpió en la estancia. El conde miró a su hijo y le acarició la mejilla.

—¡Es un niño! —exclamó lleno de júbilo.

Geronima, extenuada, asintió con una leve sonrisa antes de caer rendida y sumirse en un profundo sueño. La habitación quedó envuelta en un delicado silencio, solo interrumpido por el sutil y regular rumor del recién nacido tomando el pecho.

MILÁN, 30 DE MARZO DE 1566

El cardenal Carlo Borromeo, arzobispo de Milán, sostenía una carta de su asistente que había esperado durante semanas. Borromeo lo había enviado al Reino de Nápoles al enterarse de la proximidad del nacimiento del hijo de su hermana. En su última correspondencia, Geronima no solo lo informó sobre la proximidad del parto, sino que también le expresó su deseo de que él fuera el padrino del niño. Además, si el bebé resultaba ser varón, su hermana prometió consagrarlo a la Iglesia y llamarlo Carlo en su honor. Con expectación, el cardenal desplegó la carta y comenzó a leer.

«Ilustrísima Eminencia:

Tal y como solicitasteis, os escribo para informaros de que vuestra hermana, la condesa de Conza, dio a luz el día ocho de este mes a un niño al que bautizaron en la capilla de San Pedro del castillo Marchionale de Taurasi. El bebé se llama Carlo y es un niño sano y fuerte.

Vuestro más humilde servidor

Pietro Pusterla».

Borromeo dobló la carta y la dejó sobre el escritorio. Cruzó las manos y comenzó a orar en señal de gratitud. Imaginó al pequeño Carlo convertido algún día en un siervo de Dios; un hombre de Iglesia que, bajo su tutela, sería una referencia espiritual y moral en un mundo necesitado de reforma y virtud. Sin embargo, el destino le tenía reservado al niño un camino distinto al que él había anticipado.

2

VENOSA, FEBRERO DE 1572

El conde de Conza ayudó a bajar del carruaje a su hijo Luigi. Nada más poner un pie en el suelo, el muchacho corrió a encontrarse con su madre y hermanas, Isabella y Vittoria, que aguardaban en el interior del castillo. Luego llegó el turno de Carlo. A sus seis años, era la primera vez que el niño salía de Taurasi. A diferencia de su hermano mayor, Carlo observaba el entorno con desconfianza, y prefería caminar de la mano de su padre mientras cruzaban el patio. Después de varios meses separados, la presencia paterna a su lado le brindaba sensación de seguridad.

La fortaleza que el niño contemplaba con asombro era mucho más grande y lujosa que el destartado castillo Marchionale donde había nacido. Incluso la modesta escalera que subía hacia los apartamentos familiares le parecía espléndida en comparación. A pesar de la belleza del entorno, Carlo percibía un aire de tristeza que impregnaba cada rincón.

Desde la muerte de su abuela, Isabella Ferrillo, su abuelo no había vuelto a ser el mismo. Para el anciano Luigi IV, aquellos muros, erigidos sobre los cimientos de la antigua catedral de San Felice, se habían convertido en un lugar sombrío cargado de recuerdos. Abatido por el duelo, el príncipe de Venosa vivía atrapado en su pena, hasta el punto de caer enfermo poco después de enviudar. Su mal lo había postrado en cama, incapaz de cumplir con sus deberes y sumido en una profunda nostalgia.

Mientras padre e hijo subían la escalera, Fabrizio no podía dejar de pensar en la responsabilidad que había asumido desde que se trasladó a Venosa meses atrás. Su ascenso como príncipe regente había traído esperanza a sus súbditos, quienes, hastiados de los abusos y la ambición de Luigi IV, veían en él una oportunidad para un futuro más justo y próspero. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si realmente estaría a la altura de las expectativas.

Subieron los últimos peldaños y entraron en un largo corredor flanqueado por puertas de roble. Fabrizio notó el cansancio en los ojos del niño. Le dedicó una sonrisa fugaz antes de volverse hacia Simone Bardotti, su fiel mayordomo.

—Acompaña a mi hijo a sus aposentos.

El sirviente asintió y ofreció una mirada tranquilizadora al pequeño, que le apretó la mano como respuesta. Mientras los veía alejarse, Fabrizio sintió una dicha enorme. Después de tantos meses dedicado a sus deberes y responsabilidades en soledad, tener a su familia cerca le daba la fuerza que tanto necesitaba.

Los salones y habitaciones privadas del castillo de Venosa rebosaban de instrumentos: laúdes, clavecines, flautas de pico y violas, mientras varias pilas de partituras, tablaturas y música vocal se apilaban en gabinetes, arcones y escritorios. Desde su llegada, Fabrizio había aprovechado cada momento libre para entregarse a la música, su verdadera pasión.

Tras concluir los asuntos del día, se retiró a la sala de música para tocar. Esa noche, el conde de Conza ofrecía un banquete y una velada musical en honor a su familia, y en especial a su hermano menor, Giulio, quien estaba de visita en el castillo esa misma mañana. A pesar de la diferencia de edad que los separaba, Fabrizio y él siempre habían estado muy unidos.

Ambos compartían un sorprendente parecido físico: eran apuestos, con ojos negros y una barba bien cuidada, rematada con un bigote puntiagudo. Giulio se había ganado con los años una merecida fama de libertino, mientras que Fabrizio era más juicioso, consciente del peso que su posición como primogénito de Luigi IV implicaba.

Cuando el conde salió de la sala de música para prepararse para el banquete, se encontró de frente con Giulio.

—¿Te encuentras bien? Pareces alterado —le preguntó.

—No es nada. —Giulio esquivó sus ojos—. ¿Podemos hablar a solas?

Sorprendido por la urgencia en la voz de su hermano, Fabrizio asintió y ambos se dirigieron al *studiolo*, la estancia del castillo donde el conde solía trabajar.

Giulio caminaba de un lado a otro por la habitación, con el tenue resplandor de un fuego casi apagado iluminando su figura fornida.

—Como sabes, padre quiere que me case pronto —dijo al fin.

Fabrizio lo observaba desde su escritorio, anticipando el rumbo de la conversación.

—Sí, lo sé. Hemos hablado de ello en varias ocasiones.

—En ese caso sabrás que ha elegido a Laura Caracciolo. —Giulio se detuvo frente a su hermano.

El conde de Conza asintió. Laura Caracciolo era la hija de Gian Vincenzo Caracciolo, un destacado patricio napolitano perteneciente a una de las familias más importantes del reino.

—No me malinterpretes —dijo Giulio, pasándose una mano cansada por el cabello—. No soy de esos hombres que creen que el matrimonio solo debe ser entre dos personas que se aman de verdad, pero no quiero casarme con ella.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —quiso saber Fabrizio, sorprendido por la rotundidad de Giulio.

—Dicen que la Caracciolo es una devota, que se pasa el día rezando. —Giulio volvió a andar en círculos por la habitación—. Me conoces, soy todo lo contrario. No podría soportar una vida así.

—Hermano, los matrimonios en nuestra posición son uniones estratégicas. Además, no serías el primero en buscar distracciones fuera del matrimonio para... —Fabrizio dejó la frase en suspenso.

Giulio se detuvo en seco, negó con la cabeza y continuó.

—Tú te casaste con Geronima, una Borromeo; nuestra hermana Sveva, con un d'Avalos; Alfonso es cardenal desde los veinte años, y solo Dios sabe a dónde llegará. Maria Catterina y Costanza están prometidas al marqués de Vico y al duque de Gravina, respectivamente. Todos habéis tenido matrimonios muy ventajosos.

—Giulio, los Caracciolo son una familia poderosa...

—Tienes razón —lo interrumpió Giulio—, pero creo que hay mejores alternativas y por eso quería hablar contigo. Necesito que intercedas por mí ante padre para que escuche mi propuesta..., y también ante Sveva.

—¿Ante Sveva? No entiendo qué tiene que ver ella en todo esto.

—Verás: Maria, nuestra sobrina, está a punto de entrar en edad de casarse.

Fabrizio negó con la cabeza. No podía creer que su hermano Giulio estuviera considerando desposarse con su sobrina, quien era casi dieciocho años menor que él. A pesar de su juventud, Maria, la hija de Carlo d'Avalos y de Sveva, la hermana mayor de los dos, ya había ganado fama en todo el reino por sus encantos, y empezaban a multiplicarse los pretendientes que aspiraban a su mano.

—Espera, déjame terminar. —Fabrizio hizo un gesto con la mano para indicarle que podía continuar—. Como te decía, nuestra hermana y su esposo pronto se plantearán con quién

casar a su hija, que ya tiene trece años. Si no soy yo quien se casa con Maria, será algún otro pretendiente, quizá uno poderoso que ponga a los d'Avalos en nuestra contra. ¿Te imaginas que la casen con algún Carafa? —Giulio dejó que sus palabras calaran mientras observaba la reacción de su hermano—. Sabes que todavía ambicionan el principado y no se darán por vencidos. Si consolidamos nuestra relación con ellos con este matrimonio, nadie se atreverá a desafiarnos.

Aunque el razonamiento de su hermano tenía algo de lógica, el conde de Conza intuía que detrás de las palabras de Giulio se escondía algo más. No podía evitar pensar que lo que realmente le atraía era la juventud y belleza de Maria. Conociendo bien a Giulio, un mujeriego confeso con predilección por las doncellas, el conde no podía descartar que su intuición fuera más que una simple sospecha.

—Hermano, lo siento, pero no puedo apoyar ese matrimonio. Maria es tu sobrina. Sveva se pondrá furiosa.

—Sí, lo sé; nuestra hermana es una arpía que siempre me ha despreciado. Por eso necesito que hables con ella y la convenzas. Fabrizio, por favor, piénsalo. Te lo ruego.

El conde de Conza se quedó mirando a su hermano mientras buscaba las palabras adecuadas para responderle sin dañar su relación.

—No creo que casarte con Maria sea lo mejor para la felicidad de nuestra sobrina —dijo al fin.

La furia en los ojos de Giulio reflejaba no solo decepción, sino también una rabia contenida.

—¡Tú mismo has dicho que para nosotros los matrimonios son solo uniones estratégicas! —El menor de los Gesualdo no comprendía cómo su hermano, su apoyo y confidente de toda la vida, no se ponía de su lado.

—He tomado una decisión. No intercederé para que te cases con Maria. No espero que lo entiendas, solo que lo aceptes —concluyó Fabrizio.

Giulio no dijo nada más. Agachó la cabeza y salió de la estancia sin despedirse. El aire frío del corredor, en contraste con el cálido ambiente del fuego en el *studiolo*, le golpeó el rostro. Pensando en cómo habría sido su vida si él fuera el heredero, en que entonces podría haber hecho cuanto quisiera, Giulio irguió la cabeza y se dirigió decidido hacia sus aposentos, maldiciendo su suerte.

Al caer la tarde, después de la cena, los miembros de la corte y los invitados del conde de Conza llegaron al gran salón del castillo de Venosa. Los laúdes y las violas reposaban sobre sillas y mesas que ocupaban el amplio espacio, mientras que los instrumentos más grandes, como las tiorbas y las violas de gamba, estaban cuidadosamente apoyados en el suelo.

Uno de los músicos comenzó a tocar el laúd. Las primeras notas de un hermoso *ricercar* llenaron el salón y sumieron a los invitados en una atmósfera de melancolía. Después del *ricercar*, el músico continuó con una pavana seguida de una animada gallarda, pero algo extraño ocurrió durante la interpretación de la última pieza que el músico tenía previsto tocar: una de las enormes cortinas de terciopelo verde que cubrían las ventanas de la sala de música se movió de manera casi imperceptible. Aunque el movimiento fue sutil, no pasó inadvertido para Paolo, uno de los hombres de la guardia personal del conde. Atento a lo que ocurría a su alrededor, Paolo se acercó con sigilo al ventanal. A medida que avanzaba, se percató de que detrás de la tela parecía haber una persona.

Fabrizio, que hasta ese momento había permanecido ajeno a la escena, dirigió su atención hacia ese lugar de la estancia. La idea de que un sicario estuviera allí, en su propio hogar, era improbable, aunque no podía descartarla por completo. Sin embargo, si no era un asesino, ¿quién podría haberse escondido detrás de la cortina?

Paolo desenvainó su espada, agarró la cortina y, con un gesto enérgico, la descorrió de golpe. El laudista, sorprendido por el brusco movimiento que captó por el rabillo del ojo, dejó de tocar. Todos los invitados miraron hacia el ventanal. Al reconocer a la persona que se ocultaba tras la cortina, el guardia detuvo el brazo, que ya se preparaba para clavar la espada en defensa de su señor.

Con el semblante enrojecido por la ira, Fabrizio se levantó y caminó hacia la ventana.

—Pero, Carlo, ¿qué demonios hacías ahí?! —gritó a su hijo—. ¡Paolo podría haberte herido!

El niño lloraba asustado, acurrucado en el suelo.

—¡No espero que me respondas con tu silencio, muchacho! —prosiguió Fabrizio—. ¡Habla!

Carlo titubeó antes de murmurar unas palabras.

—Solo... solo quería escuchar la música de cerca.

Fabrizio suavizó su expresión. Guardó silencio unos instantes y habló a los invitados:

—Creo que es mejor dar por terminada la velada por hoy.

Todos, incluido Giulio Gesualdo, que había presenciado la escena con interés, se levantaron para abandonar el salón. El conde mantuvo la mirada fija en su hijo mientras la estancia se vaciaba. Paolo permaneció de pie junto a su señor hasta que el último invitado salió de la sala. Fabrizio le hizo entonces una señal para que se marchara. Cuando se quedaron a solas, levantó a Carlo del suelo con una sonrisa en el rostro.

—Así que querías escuchar la música, ¿eh? ¿Y no se te ocurrió nada mejor que esconderte detrás de una cortina?

—Sí, padre... Digo..., no —respondió Carlo, aún asustado y confuso.

—¿Y desde cuándo haces esto, hijo?

La pregunta sorprendió al niño, pues su padre no daba la impresión de estar enfadado por la posibilidad de que esa no fuese la primera vez.

—Lo hago casi todos los días, mientras tocáis —respondió con cierto orgullo.

Desde mucho antes de lo que podía recordar, Carlo sentía una atracción especial hacia esas hojas llenas de símbolos, que le recordaban a perlas de un collar delicado, que adornaban las líneas trazadas con sumo cuidado sobre el papel. Aunque no comprendía ninguna de esas marcas, algo dentro de él despertaba cada vez que las contemplaba.

—Carlo, acabas de darme una enorme alegría. —El conde de Conza abrazó a su hijo.

Fabrizio condujo al niño hacia la silla donde el músico había dejado su laúd. Le indicó que se sentara y le dio el instrumento; Carlo apenas podía sujetarlo. El niño acarició la madera. Le pareció cálida, de una suavidad extrema. Fabrizio guio su mano izquierda por el mástil hasta llegar a la parte más cercana al clavijero. Con cuidado, colocó los dedos del niño sobre las cuerdas y, con la derecha, las rasgueó. Del laúd surgió un acorde precioso, perfecto. Carlo lo miró con los ojos llenos de ilusión.

Intentó repetir el sonido, pero sus dedos se habían desplazado ligeramente y esta vez el instrumento sonó desafinado. Fabrizio le sonrió con ternura y, sin decir nada, lo besó en la frente.

Escondido ras la puerta de la sala de música, Luigi observaba la escena en silencio. Al ver a su padre besar y hablar de esa manera a su hermano, sintió unos celos irrefrenables. Era él, como primogénito, quien debería recibir todas las atenciones. En ese momento, un profundo odio hacia su hermano comenzó a crecer en su corazón.

3

ROMA, VERANO DE 1572

La primavera había traído consigo una mezcla de esperanza y tristeza a la casa de Fabrizio Gesualdo. A principios de la estación, Geronima había quedado embarazada, pero la alegría se desvaneció trágicamente cuando una fuerte hemorragia le arrebató al bebé. La pérdida sumió a la condesa de Conza en la melancolía y la dejó postrada en la cama durante semanas.

La fragilidad de la salud de su esposa llevó a Fabrizio a considerar la posibilidad de alejar a sus hijos del castillo para facilitar la recuperación de la condesa. En realidad, la idea había surgido de su hermano, el cardenal Alfonso Gesualdo, quien pensaba que un entorno más tranquilo, sin los niños alrededor, sería beneficioso para la convalecencia de Geronima.

—Además —le recordó el cardenal durante una de sus visitas a Venosa—, tu esposa ha sido la encargada de la formación espiritual de los niños hasta ahora. Yo me ocuparé de proporcionarles una adecuada educación cristiana hasta que su madre se recupere.

A pesar de sus reservas, Fabrizio tuvo que admitir que su hermano tenía razón. Contra el deseo de Geronima, envió a Luigi y Carlo, sus hijos varones, a Roma con Alfonso, mientras que Isabella y Vittoria fueron confiadas a un convento en Nápoles.

—No quiero ir, padre —suplicó Carlo entre sollozos—. Quiero estar aquí, contigo y con madre.

Fabrizio suspiró y se humedeció los labios antes de decirse a responder a su hijo:

—Serán solo unos meses —dijo con un tono de esperanza que él mismo encontraba difícil de creer.

A principios de agosto, Luigi y Carlo llegaron a Roma. Se instalaron en el elegante palacio de los Santos Apóstoles, la residencia del cardenal Gesualdo, acompañados por un séquito de sirvientes. A pesar de los esfuerzos de Alfonso por hacer su estancia agradable, Carlo no lograba adaptarse a la vida en Roma, tan diferente de la tranquila Venosa. Luigi, por su parte, desafiaba la paciencia del cardenal al mostrar más interés en perseguir a las criadas jóvenes del palacio que en dedicarse a los libros de oración.

Una tarde, mientras Carlo y su tío paseaban por los jardines de la residencia, el niño se fijó en un grupo de prelados que conversaban bajo la sombra de un ciprés.

—¿Te gustaría ser como ellos? —preguntó Alfonso, señalándolos con la mano.

Carlo bajó la cabeza y sintió una profunda desolación al pensar en cómo sería su vida si lo obligaran a ordenarse. No deseaba convertirse en uno de esos hombres, como su padrino o su tío Alfonso. Lo que realmente le había llamado la atención de ellos eran los destellos tornasolados de las mucetas de seda bajo la luz del atardecer. No quería decepcionar a su tío, pero su único deseo era regresar a Venosa. Echaba de menos las tardes en la sala de música con su padre, los juegos con su hermana Vittoria y, sobre todo, los abrazos de su madre.

Alfonso decidió no insistir. Sin embargo, no comprendía cómo, aun siendo todavía un niño, Carlo no compartía su pasión por una carrera eclesiástica que lo llevara a la cúspide de la Iglesia. Además, le preocupaba su falta de devoción,

especialmente cuando, dada su condición de segundogénito, su destino era consagrarse a Dios.

Esa noche, Carlo se arrodilló ante el crucifijo que colgaba de una de las paredes de su alcoba y rezó con fervor. Imploró fortaleza para cumplir con los designios de Dios y afrontar lo que fuera que el destino tuviera reservado para él.

Cuando Geronima se recuperó lo suficiente, escribió a su hermano, el arzobispo de Milán, para pedirle que intercediera tanto ante su esposo como ante Alfonso para que sus hijos regresaran al castillo. El cardenal Borromeo, en principio, estaba dispuesto a que Luigi, Isabella y Vittoria volvieran a Venosa, pero pensaba que Carlo debía permanecer en Roma. Ante la insistencia de su hermana, entendió que aún era prematuro que su sobrino y ahijado abandonara a su familia para dedicarse por completo a la Iglesia. Finalmente, el arzobispo cedió a los deseos de Geronima y escribió tanto a su cuñado como al cardenal Gesualdo. Al recibir la carta de Carlo Borromeo, Alfonso accedió a regañadientes a la decisión de enviar a Luigi y a Carlo de regreso a Venosa.

Con amargura, el cardenal Gesualdo observó al coche alejarse del espléndido palacio de los Santos Apóstoles. Había creído que podría moldear a Carlo y controlar a su familia a su antojo, como siempre había hecho. Pero, por primera vez, sintió que había fracasado.

—El destino es un río impetuoso —dijo en un murmullo—, y por más que uno lo pretenda, no se puede nadar a contracorriente para siempre.